

A media hora de auto
del Obelisco, un reducto
ultrasecreto

DESCUBRIMOS EN BUENOS AIRES UN ALBERGUE TRANSITORIO PARA HOMOSEXUALES



Hace dos meses, a raíz de una infidencia, supimos que funcionaba en esta capital un albergue transitorio exclusivo para gay. De inmediato nos abocamos a la búsqueda de este misterioso reducto. No obstante que las pistas con que contábamos eran escasas, logramos ubicarlo sin mayores dificultades. Lo que si nos resultó sumamente complicado fue ingresar a ese establecimiento, debido a las estrictas normas de seguridad y al hermetismo con que se maneja. Tras mucho batallar y en base a nuestros contactos marginales, Roberto Jáuregui logró franquear las puertas de este paraíso rosa. En esta nota nos cuenta cómo es por dentro y cómo funciona el HAG (Hotel Alojamiento Gay).

Los países más desarrollados de Occidente lo descubrieron hace rato, los países no tan desarrollados lo están descubriendo recién ahora: los homosexuales, la homosexualidad, es uno de los negocios más rentables de la era moderna. Discotecas, sex-shop, películas de amor "homo", saunas y hasta una línea exclusiva de ropa. En Buenos Aires, precisamente, la cultura gay avanza, gana terreno, devora capitales y atrae inversiones. Los gay vernáculos están estableciendo su circuito, su mundo propio. Sólo les faltaba un albergue transitorio gay. Al final lo consiguieron.

A sólo media hora exacta del Obelisco, funciona el hotel alojamiento más audaz que haya funcionado alguna vez en Buenos Aires. Un cosmos gay ajeno al resto de la ciudad, donde toda fantasía es posible bajo reglas propias y límites difusos. Allí todo lo prohibido pasa a ser lo normal, la locura se convierte en el comportamiento lógico, y lo decadente no es más que la nueva forma de un mundo nuevo.

EROTICON, como no podía ser de otra forma, se internó en el increíble y novedoso reducto porteño, extrayendo historias, descifrando hábitos y reconociendo las formas y los modos de un club exclusivo, donde exclusivos socios, dan rienda libre al vertiginoso abismo de las fantasías más ocultas.

El lejano país del vale todo

Desde luego para entrar a este *Hotel Alojamiento Gay (HAG)*, lo llamaremos desde ahora), hace falta algo más que alejarse media hora a partir del obelisco. La entrada al HAG exige una tarjeta de cinta magnética sin la cual, el ingreso es imposible por más gay que sean los ocupantes del auto en cuestión.

Pero una vez que la tarjeta está en orden, el ingreso al lejano mundo del *vale todo*, no lo impide nadie. Emplazado entre dos amplios espacios verdes, se yergue el HAG, con su sofisticada estructura arquitectónica, sus paredes blancas, las ventanas diminutas y espejadas, un contorno de neón azul y los clásicos letreros de "entrada" y "salida", es decir, desde afuera, un clásico alojamiento de éstos que el porteño medio y "hetero", desde luego, está harto de frecuentar. Pero sólo desde afuera, porque adentro vibra y se agita el más endemoniado y desenfrenado circuito carnal que pueda imaginarse.

Adentro el servicio es el de cualquier alojamiento heterosexual... con algunos opcionales, claro está... desde la clásica gaseosa, hasta el control de la

DESCUBRIMOS EN BUENOS AIRES UN ALBERGUE TRANSITORIO PARA HOMOSEXUALES

proyección simultánea de tres canales internos de video. La capacidad del HAG es de 150 habitaciones y, por lo general, según refiere el personal del lugar, a las diez y media de la noche el lleno es total.

Como albergue transitorio de categoría que se precie de tal, el HAG tiene tres tipos definidos y diferenciados de habitaciones. A saber: la clase A, que va desde el número 01 hasta el 49. Son cuartos comunes, con una cama amplia, baño, video en tres canales, música funcional y luces de colores graduables. La clase B, que abarca desde el número 50 hasta el 99 es algo más oneroso por ser algo más sofisticado. Esta serie de cuartos reúne todas las comodidades de los de la clase A más una gran cama con resortes y movilidad, piscina dentro del cuarto, espejos que se multiplican hasta el infinito y accesorios menores. Por último, y ya para verdaderos sibaritas del sexo, está la clase C, que va desde el cuarto 100 al 150. Esta tercera clase suma todo lo que tiene la clase A y B, más un equipo completo para prácticas sadomasoquistas que incluye látigos, cueros, máscaras, tinajas con aceite, cadenas y otras chucherías por el estilo.

"Acá se ve de todo -cuenta Mario, suerte de recepcionista y botones del lugar, cuando el trabajo desborda-. Desde la clásica parejita de novios, donde uno de los dos, como si fuera una minita esconde la cara y se acurruca junto al macho que paga, hasta la pareja de desenfrenados que no paran de rascar ni cuando les cobras ni cuando los llevás hasta la habitación. El otro día subí a llevar dos gin hasta una de las habitaciones, y ni bien los dejé sentí que uno le decía al otro: "llegó la lechita, puti, tomá, tomá, mirá que rica la lechita". Y en cuanto paso por la habitación de al lado, escucho una voz que grita "para qué te traje, pelotudo, para que después de la franela y el palo que me hacés agarrar me digas que te duele, puto de mierda", y la otra voz que contesta, "si me tratás así me voy". De todo, acá se ve de todo".

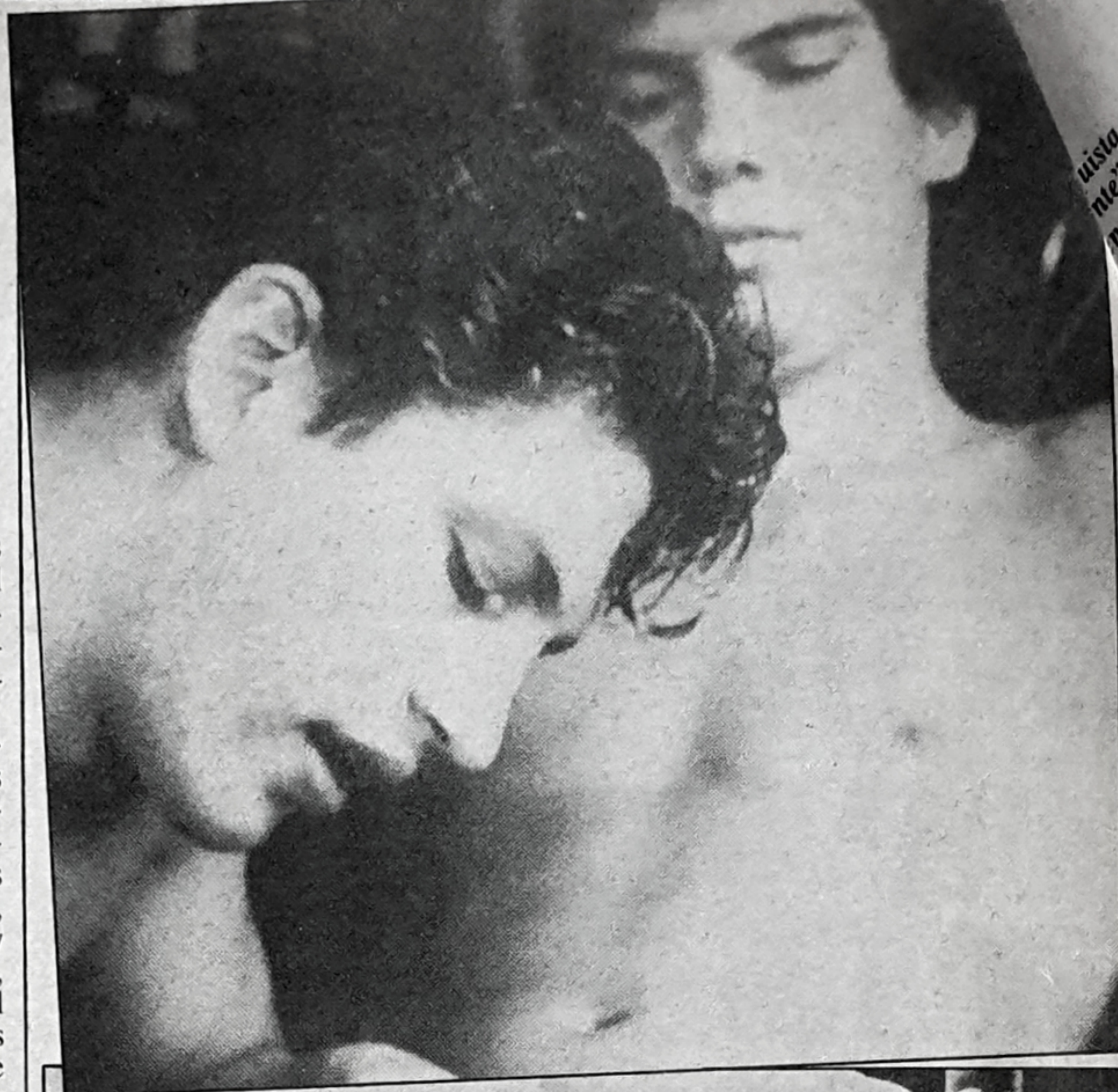
Orgías circuito cerrado

El HAG brinda todo lo necesario para que las fantasías del cliente dejen de ser tales. Y una de las novedades que el HAG trajo a la Argentina es la que ofrecen las habitaciones C121, C122, C123. Estas habitaciones tienen un circuito de televisión cerrado, de manera tal que

C121, puede ver lo que ocurre en C122 y C123; un sistema que lleva algunos años funcionando en uno de los más famosos complejos hotelísticos de los Estados Unidos, un complejo que funciona en San Francisco y que forma parte de un exclusivo club privado de voyeristas.

Otro de los empleados del hotel nos contó algo ocurrido durante los días en que EROTICON trabajaba en la investigación del HAG. *"Llegaron dos parejas en un 128, eran alrededor de las cuatro de la mañana y estaban absolutamente alcoholizados. Uno sólo tenía la tarjeta del HAG y quería ocupar una suite con los otros tres. Le dije que no podía porque faltaba la tarjeta que permitía el ingreso de la otra pareja y además, la casa no permite más de dos personas por habitación.*

"Mirá que quilombo tan organizadito, che", dijo uno y hasta yo me reí. El dueño de la tarjeta me sí dijo que había algún inconveniente en que él se hiciera cargo de la otra pareja obviando la falta de la tarjeta. Le dije que sí, pero que tenían que pagar el recargo de 50 australes por invitado. Pagaron y tomaron la C121 y la C122, las de circuito cerrado. Estaban tan zarpados que no pude aguantar la tentación y me metí a sintonizarlos desde C123. Quedé deslumbrado. En la C121 se deleitaban chupándose la pija mutuamente, a uno le traspasaba la garganta, gemía y se tragantaba, volvía a gemir, salivaba atorado y volvía a chupar. Cuando sintonicé la C122, uno de ellos estaba atando a su compañero boca abajo sobre la cama, típico amo y esclavo de cualquier relación sado-



uista, el de abajo
nte" a ser som
n, con el ci
rdaza de c
ara que m
mientras
Recu
m

quisita, el de abajo se resistía "artísticamente" a ser sometido por su macho, quien, con el cinturón hizo una fuerte mordaza de cuero y sujetándole la boca para que mordiera y clavara sus dientes mientras él lo dejaba cruelmente inmóvil. Recién entonces, cuando el otro estaba inmóvil, empezó a masturbarse frenéticamente hasta que alcanzó una respetable erección y entonces lo penetró con alma y vida, tan brutalmente que el "esclavo" desató la mordaza con el sacudón y se estremeció de dolor. Apagué porque no podía seguir mirando, después de todo yo era consciente de que no se trataba de ningún video de procedencia sueca, sino que ocurría pared de por medio de donde yo estaba.

Penes al plato

Acaso la locura que pueda desatarse en el HAG es similar a la que se desata desde siempre, y por siempre en cualquier alojamiento heterosexual. Acaso, sí, con un tinte a consumismo más nove-



doso y desesperado y, por lo tanto, con cierto gusto a morbosidad y delirio más marcados. Como en cualquier alojamiento heterosexual, en el HAG se puede dar amor o desatar violencia en iguales medidas y aunque en variadas formas, esencialmente los móviles son idénticos. Claro que, a lo mejor por novedoso, y por estar apuntado a un mercado algo más desprejuiciado, y por lo tanto, bastante más sofisticado, el HAG ofrece, en su servicio, los accesorios y elementos más exóticos que puedan imaginarse. Desde la cama más atrevida y compleja, a un servicio de lunch y repostería sexo-erótica: fiambres y patés en forma de penes gigantes y colas desnudas, bocaditos salados que son músculos, penes y labios, lo mismo en el ru-

bro dulces: bombones de chocolate, mazapán y pasta de almendras, tortas y budines en formatos similares que activan los rincones más ocultos del oculto visitante al HAG. Los gay (que llegan hasta el HAG, desatan adentro lo que afuera sofocan: *la vamp, la mujer fatal, la diosa* y esa *puta reventada* que tantas satisfacciones les da una vez traspasada la puerta del primer alojamiento gay de la Argentina.

"Acá es muy común ver algunas parejas que ya son habitués, o tipos que son habitués y vienen siempre con un levante distinto—rememora Claudio, el conserje de los martes, jueves y sábados—. Por ejemplo hay un tipo pelado de bigotes anchos y biceps descomunales, que viene siempre con un rubiecito desabrido, bien afeminado y que se pinta los ojos con un rimel azul Francia. El rubiecito siempre le dice "Pa...". "Pa, esto", "pa, aquello", "Pa, lo otro". Los dos son re-locos, vienen cada dos o tres martes, el pelado se llama Anibal, es casado y le apasionan los pendejos, se lo coje al chiquito. No tenés una idea de cómo queda la habitación cuando se van, es un asco. Se tiran con whisky, quedan las sábanas mojadas y un olor a yerba que te deja loco con sólo pasar cerca. Se dan con un caño".

En este paraíso gay made in Argentina, que funciona al mejor estilo club privado made in USA; tienen lugar los amores más tiernos y las perversiones más aberrantes y macabras. Desde el exhibicionista que deja la puerta de su suite constantemente abierta, hasta el sádico que cae invariablemente con su correspondiente pareja masoquista, para molerlo a golpes sin dejar de blearle las tetillas para después apagar su cigarrillo en ellas, mientras él, atormentado y torturado, grita enloquecido de placer.

Pero también está la otra cara de esta misma moneda. La que muestra y habla de un amor tierno y tranquilo, donde la agresión no tiene lugar y el afecto se da sin rótulos de sexualidad brutal.

"Un día, no hace mucho—cuenta Claudio— llegó una parejita joven a pasar su luna de miel. Hacía un mes que salían juntos pero no habían curtido nunca todavía. Hasta acá los siguieron en coches como 15 trollos, uno más puto que el otro... eran un cago de risa, estaban todos en pedo y cantaban algo que rimaba con el apellido de la minita de la pareja que se llamaba algo así como Dantander o Santander y cantaban, "Santander, Santander, ese culo va a perder", les tiraban arroz y jodían todo el tiempo. Hasta me quisieron coimear para que les dijese la suite en la que se habían alojado, les dije que si no la cortaba llamaba a la policía y se fueron".

El señor diputado

Otra de las parejas habitués del HAG, según contaron los empleados, es la que forman un "viejito" y un "travesti". "El

viejo viene siempre caliente y la mina se la manosea en el ascensor—cuenta un conserje— una vez me acuerdo que llegamos al último piso y el viejo tenía todo el pantalón mojado. El trollo se le cagaba de risa".

Pero seguramente el escándalo más famoso en lo que lleva de funcionamiento el HAG—que no fue público debido a la magnitud del nombre involucrado en la historia, y que por ética y prudencia también EROTICON mantendrá en el anonimato— fue el que nos narró otro de los conserjes más antiguos de HAG.

"Un jueves a la noche vino un tipo con otros dos, yo al tipo le vi cara conocida, de la televisión o de alguna parte, no sé, pero era una cara conocida. La cosa es que me mostró su tarjeta y debajo de la tarjeta había una pila de diez billetes de diez lucas cada uno: cien palos. Me tentó y los guardé en el bolsillo, me dijo: "es para vos, pero pasamos los tres". Le dije que sí y me pidió una suite Clase C. Claro que ahí sentí que no sólo la cara era conocida sino la voz también. Mientras íbamos en el ascensor lo miraba y lo miraba porque estaba seguro de conocerlo de algún lado. El tipo me preguntó si el hotel proveía de estupefacientes, "fumo" o "blanca", le dije que no. "Que lástima, dijo, porque hay buena gaita". Los otros dos ni hablaban, se miraban entre sí y sonreían, pero ni hablaban, eran dos "chonguitos" finos de San Isidro o algo por el estilo. Cuando llegamos al piso que teníamos que ir, rumbo a la habitación, nos cruzamos con Thelma, una de las mucamas, que me miró cagándose de risa. Los dejé en la habitación y volé a buscar a Thelma, cuando la encontré seguía cagándose de risa y diciéndome: "¿sabés quién es ése?". Era un conocido diputado de los que se la pasan hablando moralinas ridículas en el Congreso. La cosa es que al tipo se lo refifaron. Yo no soy de meter las narices en cualquier parte, pero tratándose de tal personaje no pude resistir la tentación y me quedé escuchando detrás de la puerta. El señor diputado pedía a gritos que le rompieran el culo, y hasta en un momento me pareció que le metieron las dos pijas al mismo tiempo, cosa que no es imposible, nosotros tenemos un video sueco donde eso pasa... el tipo gritaba: "sacame, sacame una porque no aguanto, me hacés mierda, Raúl". Thelma me contó que reconstruir el quilombo que dejaba ese señor, tal como dice ella, era un infierno. Un día me contó Thelma que se apareció con un tipo más joven que él, un jugador de fútbol bastante conocido. El venía con un bolsito, tomaron una habitación y no se les vio más el pelo. El cadete que estaba antes les llevó champagne y lo vio al diputado vestido con medias de seda, sandalias, peluca y maquillado como una mujer. ¿Qué me contás?"

Los juguetes del HAG

Otro de los rubros que el HAG no descuida, en cuanto a opcionales, adminículos y entretenimientos, es el que in-

DESCUBRIMOS EN BUENOS AIRES UN ALBERGUE TRANSITORIO PARA HOMOSEXUALES

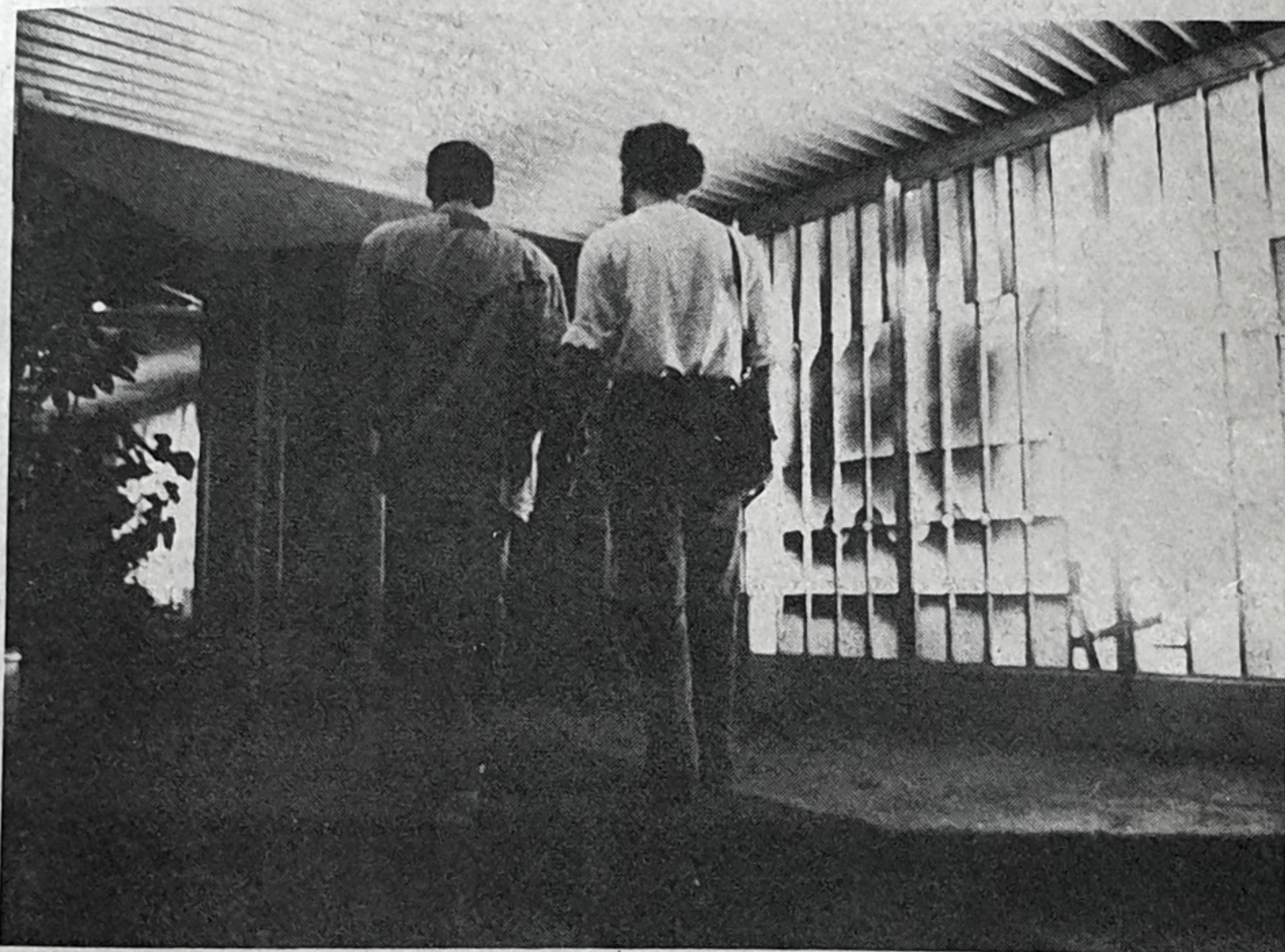
cluye las llamadas sábanas de goma o *rubbersheets*, indicadas especialmente para prácticas "weird" o sexo extraño, esto incluye contacto con excrementos, orina, sangre, vómito y otras manifestaciones naturales. También forman parte del servicio que el **HAG** ofrece, los *Sex-Toys*, grandes muñecos con impresionantes penes, pelo natural, y extraños olores a sudor humano sintético. A lo que, como dijimos antes, se agrega el servicio exclusivo de comidas eróticas, que uno puede recibir en la habitación y cuya entrega está a cargo de un extraño robot con la figura de *Marilyn Monroe*.

En el **HAG**, tal como dice su personal,

ta, y todos los martes se quedan a dormir. El taxi-boy lo llama papá y le hace de todo, se la chupa, le toma el pis, le lame el culo cuando el otro caga, de todo. Y el tipo a él, también él hace de todo, hasta que al final, siempre, todos los martes, lo caga a trompadas... mirá no se cuánto le debe pagar, pero para que se deje hacer todo eso debe de ser buena guita, porque si no... Además el tipo pide las habitaciones más baratas, pero guarda que a la hora de consumir se gasta todo, es un buen cliente".

En síntesis, el **HAG** es un espacio dentro de la Argentina, donde todo está permitido, donde ningún visitante o pedido, por más extraño que sea, resulta extraño. Donde todo el espectro de lo que el sexo abarca, se libera y se concreta sin otros límites que el deseo de quienes lo liberan y lo concretan. Y donde la satisfacción y la destrucción se juntan y entrecruzan permanentemente

Seguramente, el lector desprevenido, se estará preguntando, sobre el final de esta nota, dónde funciona este cosmos *diferente*, desde cuándo funciona, hasta qué punto es clandestino y hasta qué punto no. Y más de uno, acostumbrado



todo es posible. Ahí es frecuente ver trabajar a los *taxi-boys*, repetir incesantemente alguna sesión que satisfaga a los voyeuristas, sadomasoquistas, exhibicionistas y aberrantes insaciables. *"Acá de verdad comprendés lo que es el laburo de los taxi-boys -cuenta uno de los empleados del HAG- hay algunos que vienen dos y hasta tres veces en un mismo día. Algunos tienen su clientela estable. Hay uno que viene todos los martes con un tipo grande, un tipo de 50 ó 60 años, bien trajeado, con pinta de empresario serio. El tipo, según me enteré, porque aquí te enterás de la vida de todo el mundo, es casado y tiene un hijo que no sólo tiene la misma edad que el taxi-boy que lo acompaña siempre, sino que parece que el hijo y el taxi-boy son iguales, idénticos. Siempre piden una habitación clase A, sencilli-*

a una Argentina vieja, que no por vieja ha dejado de pesar sobre las infinitas expresiones del placer individual, se estará preguntando cuánto tiempo más el **HAG** mantendrá abierta sus puertas.

Poco tiempo. Quizás ese tiempo ya ha terminado. A juzgar por algunas versiones confiables y confidenciales, pero aún no confirmadas al cierre de esta edición de **EROTICON**; el **HAG** habría sido clausurado. ¿Será cierto? De ser así ¿Reabrirá sus puertas? Si fue cerrado ¿En nombre de qué? ¿Bajo qué acusación? La duda queda, **EROTICON** cumplió, una vez más, con su objetivo: alumbrar el verdadero mundo sexual del argentino, sin apologías ni pacatería, sino en la inteligencia de que ocultar no resuelve y resolver no es negar. Hasta ahí llegamos.